

Maraña

#15

CABEZA >> OJO >> CORAZÓN

Verano 2026





«La mineralización va a llegar»
Fernando Arrabal

SUMARIO Nº15

EDITORIAL

Esther Rebola (Colectivo La Araña)

007



Días de Invierno en Japón

Texto y Fotos: Paco Aguilar

008



...y qué prisa tienes?

(Semblanza de Juan Vacas)

Fotos: Juan Vacas

Texto: Mercedes Valverde Candil

024



El Cortijo del Fraile

Fotos: Rafa Cabrera

Texto: Extrato de Bodas de Sangre
de Federico G. Lorca

046



La bendición de no saber nada

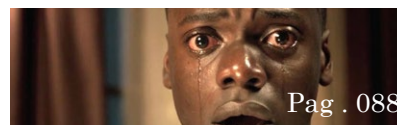
Texto y Fotos: Manu Calvo

058

Terror elevado a Infinito

Rafa Mérida

088



Colectivo LA ARAÑA

Fotografía · Literatura · Artes



Fuente Piedra ©Rafa Cabrera



EDITORIAL

Nace en tiempos convulsos ¿y cuándo no lo son?

Recuerdo nuestro primer número y cada uno de los siguientes, todos y cada uno llenos de arte, ilusión y ganas, sin otro motivo que compartir la vida y los recuerdos, esa memoria que nos cría y nos madura; no nos van a callar, no nos van a silenciar, no cesaremos en el empeño de dar voz a quien incomoda a los que no deberían tener voz, aunque en eso consiste la libertad, en que cada persona pueda expresar lo que piensa, siente y sueña.

En Maraña soñamos con el día en que todas y cada una de tantas y tantas familias puedan encontrar y dar descanso a todas y cada una de las personas que esperan en fosas comunes, en boquetes en carreteras, cerca de tapias o en medio de los campos...

Agua, ¿dónde vas?

*Riyendo voy por el río
a las orillas del mar.*

Mar, ¿adónde vas?

*Río arriba voy buscando
fuente donde descansar.*

Esther Rebola
(Colectivo La Araña)



DÍAS DE
INVIERNO
EN JAPÓN

Una particular visión de Paco Aguilar (Texto & Fotos)



DÍAS DE INVIERNO EN JAPÓN

Soy de los que piensa que hay una fotografía en cada pequeña cosa o en cada situación que ocurre ante nuestros ojos. Con esa premisa, salir a la calle con una cámara en la mano es para mi un disfrute, pero si además te encuentras en un lugar tan especial como Japón esa sensación es aún más intensa.

Este pasado invierno, gracias a la fotografía y por motivos tampoco es cuestión de contar aquí, se me presentó la oportunidad de viajar al país del sol naciente, y ocasiones como esas no se deben desaprovechar.

Japón me sorprendió por muchas cosas, pero una de la que más me impactó fue la forma de ver la vida, tan distinta a la nuestra, que se intuye en sus gentes: el orden, el silencio, la pulcritud, la distancia social que se aprecia incluso en el metro abarrotado de gente cuando ni siquiera existe distancia física, etc.

Se podría decir que la de los japoneses está casi en las antípodas de nuestra idiosincrasia andaluza, tan “jaleosa” por naturaleza, sin que esto último deba entenderse como una pretendida superioridad de lo nuestro, puesto que se aprecian también en esa contención de los japoneses algunas cosas que, yo al menos, miro con cierta envidia.

Durante el viaje me dediqué a lo que he dicho al principio que más me gusta, que no es otra cosa que documentar con mi cámara situaciones o momentos, muchas veces aparentemente banales, que de alguna forma llamaron mi atención. No fue mi intención, al menos de forma consciente, tratar de retratar la esencia de una sociedad como la japonesa, eso sería algo que requeriría bastante más de los 15 días que duró el viaje.

Fue ya estando de vuelta en casa, enfrascado en la siempre difícil tarea de revisar las fotos que había hecho durante el viaje, cuando me di cuenta de que tenía una serie de imágenes que de alguna forma son una pequeña muestra de esa particular visión de la vida que yo percibí en unos días de invierno en Japón.





























©Rafa Cabrera

...y qué prisa tienes?

Fotografía y semblanza de **Juan Vacas**

Maestro de fotógrafos



Juan Vacas x José F. Gálvez

JUAN VACAS

Fotógrafo

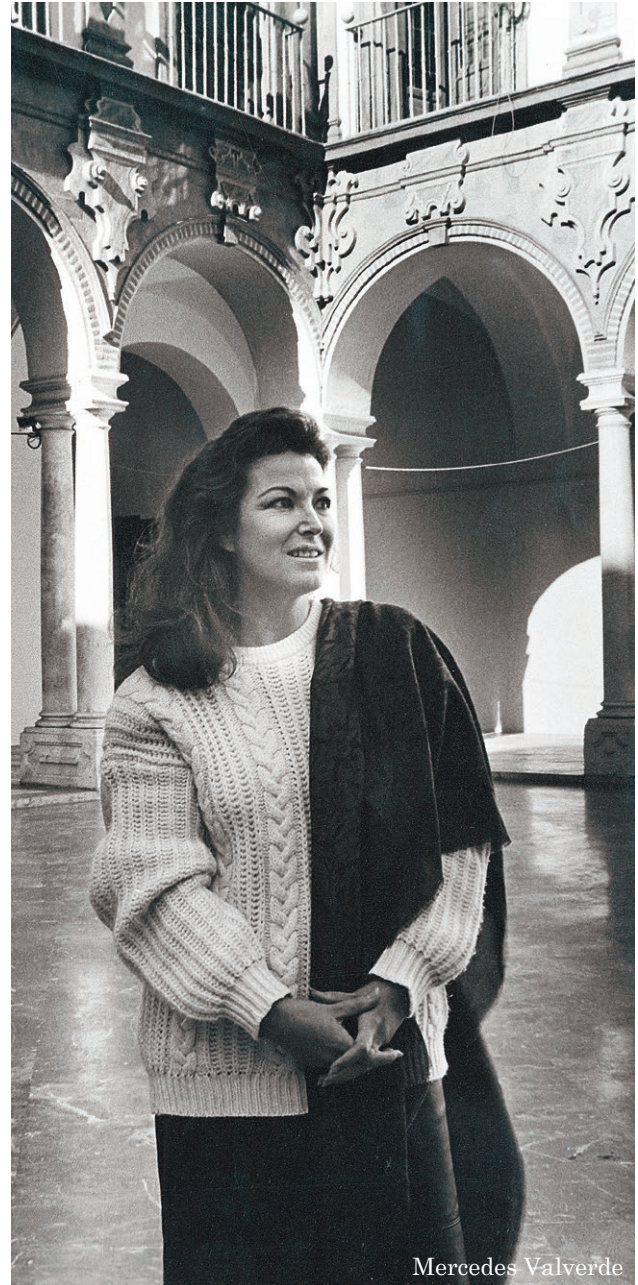
Texto: **Mercedes Valverde Candil**

Académica Numeraria de la Real Academia de Córdoba

Fotografías cedidas por **José F. Gálvez**,
Presidente de la Asociación Fotográfica
Cordobesa (AFOCO). Archivo personal.

Hay figuras que trascienden su propio tiempo y dejan una huella tan profunda en el paisaje cultural de una ciudad que resulta imposible entender ese paisaje sin ellas. **Juan Vacas Montoro** (Jaén, 1923 - Córdoba, 8 de agosto de 2007) es, sin duda, uno de esos personajes enamorados de Córdoba. Fotógrafo autodidacta, maestro generoso, fundador de instituciones y artista de raza, Vacas se une como nadie a la nómina de artistas fotógrafos en la segunda mitad del siglo XX.

Destinado a Córdoba en 1952 por la Guardia Civil, Vacas encontró en esta ciudad algo más que un destino profesional: halló una vocación y una patria adoptiva. Aquellas calles de piedras silenciosas y escaleras de cautivos chinos le sedujeron desde el primer momento -según sus propias palabras, quiso llevárselas a casa-, y esa fascinación por la ciudad se convirtió en el motor de su obra durante más de cuatro décadas.



Mercedes Valverde

Fue en 1964 cuando realizó sus primeras fotografías con arte de la mano de los reconocidos artistas fotógrafos: José Jiménez Poyato y Francisco Linares, iniciando así un camino que recorrería con la perseverancia y la fe que él mismo se exigía. Desde el autodidactismo más riguroso alcanzó un dominio del laboratorio que pocos han igualado, y ese saber ganado a pulso fue el que transmitió, con toda el alma, a generaciones de jóvenes fotógrafos cordobeses.

La definición que Vacas daba de la fotografía -«un árbol con ramas infinitas»- resume con precisión su manera de entender el arte: plural, exigente y nunca complaciente con la facilidad. Prefirió siempre el blanco y negro, ese territorio de luz y sombra en el que desarrolló un lenguaje propio que abarcó el neorealismo, el documentalismo costumbrista, el conceptualismo, el surrealismo, la abstracción y el gestualismo. El color convencional le interesaba poco; lo que le apasionaba era crear su propio color, generarlo en el laboratorio mediante la magia de los virajes, que en sus manos se convertían en herramientas de expresión y no meros procedimientos técnicos. Para él, técnica e imagen eran inseparables: la técnica era el camino para profundizar en la imagen, nunca un fin en sí misma.

Especial relevancia tiene en su obra el retrato, al que gustaba llamar «paisajes del alma». Para Vacas, retratar era penetrar en el interior de la persona, acceder a su verdad más íntima y sacarla a la luz. Los ojos y las manos eran, a su entender, los dos elementos

físicos fundamentales del retrato: los ojos trasladan el alma al exterior y las manos revelan la manera de ser del individuo. Este enfoque humanista y profundo, hizo de sus retratos un reflejo que va más allá de la mera representación.

Jubilado en 1979, Vacas volcó toda su energía en la fotografía. En 1981 fue uno de los fundadores de la Agrupación Fotográfica de Córdoba (AFOCO), de la que sería presidente de honor hasta su fallecimiento. Al año siguiente, en 1982, colaboró en la fundación de la Federación Andaluza de Fotografía, de la que fue secretario y posteriormente presidente, recibiendo su primera insignia de oro. Participó activamente en la organización del Premio Mezquita y la Bienal Internacional de Córdoba en sus primeras ediciones, contribuyendo a situar a Córdoba en el mapa de la fotografía internacional. Sus enseñanzas a jóvenes fotógrafos cordobeses sería una de sus mayores satisfacciones personales.

El reconocimiento de su trayectoria llegó de manera sostenida y creciente. En 1984 recibió el Trofeo de Oro al mejor fotógrafo andaluz y, en 1990, fue objeto de un homenaje nacional al que acudieron más de trescientos fotógrafos de toda España. En octubre de 2000 el Pleno del Ayuntamiento de Córdoba le otorgó la Medalla al Mérito de la ciudad. El 14 de noviembre de 2002 ingresó en la Real Academia de Córdoba como académico correspondiente, siendo el primer y único fotógrafo en ostentar tal distinción en la historia de esta institución.



1970-El salario del algodón



1973-Montoro (Córdoba)



1979-El mulero



1981-El espejo de la Sultana



1982-El Presidente. Retrato de Pepe Gálvez



1983-El fantasma del museo



1985-La ninfa del trigo



1987-Campiña cordobesa-Torres Cabrera



1997-Retrato de Inmaculada



1999-Jarrón con velo - Premio Mezquita Honorífico

En 2004, la Junta de Andalucía le concedió la Medalla de Andalucía por su contribución a la cultura y al arte de nuestra comunidad autónoma. En 2005 el Ateneo de Córdoba le otorgó la Fiambrera de Plata y, en 2007, a título póstumo, recibió el Premio Juan Bernier a las Artes y el Premio Averroes de Oro.

Su obra traspasó con creces las fronteras de Andalucía. En 1999 la Diputación Provincial de Córdoba publicó «Sueños de un fotógrafo», un monumental volumen de casi quinientas páginas que recoge una amplia selección de sus mejores imágenes y que para mí fue una sorpresa el que incluyera una foto mía, que «me robó» cuando preparaba para esa institución, la gran exposición «Antonio del Castillo y su época» en 1986.

En junio de 2001 participó en PhotoEspaña, como primer artista cordobés invitado a este macrofestival internacional. El Diccionario Espasa Calpe de Fotografía publicó su biografía junto a la de los grandes fotógrafos del mundo. Y algunas de sus creaciones más importantes se conservan en el Museum of Modern Art (MoMA) de Nueva York -entre ellas una imagen de la Mezquita de Córdoba-, así como en colecciones de Argentina, Chile, Francia, Finlandia, Grecia, Italia, México, Portugal, Reino Unido, República Dominicana, Rusia y Uruguay.

Juan Vacas Montoro falleció en Córdoba el 8 de agosto de 2007, tras una larga enfermedad, dejando una ciudad que le debía -como él mismo reconocía con orgullo- mucho

de lo que fotográficamente era. Una calle de la ciudad lleva hoy su nombre. Su legado, sin embargo, es más intangible y más duradero: la semilla de rigor, pasión e inquietud que sembró en generaciones de fotógrafos cordobeses sigue germinando en la obra de quienes tuvieron la fortuna de aprender a su lado. En palabras del crítico Valerio Merino, Vacas interpretaba la fotografía no como algo que está en un lugar esperando ser capturado, sino como algo premeditado que tienes que ir a buscar. Esa actitud de búsqueda incesante es, quizá, su mayor enseñanza.

La Real Academia de Córdoba, de la que Vacas fue académico correspondiente, se honra en rendir homenaje a quien elevó la fotografía al rango de arte mayor en nuestra ciudad y la dio a conocer por todos los países del mundo.

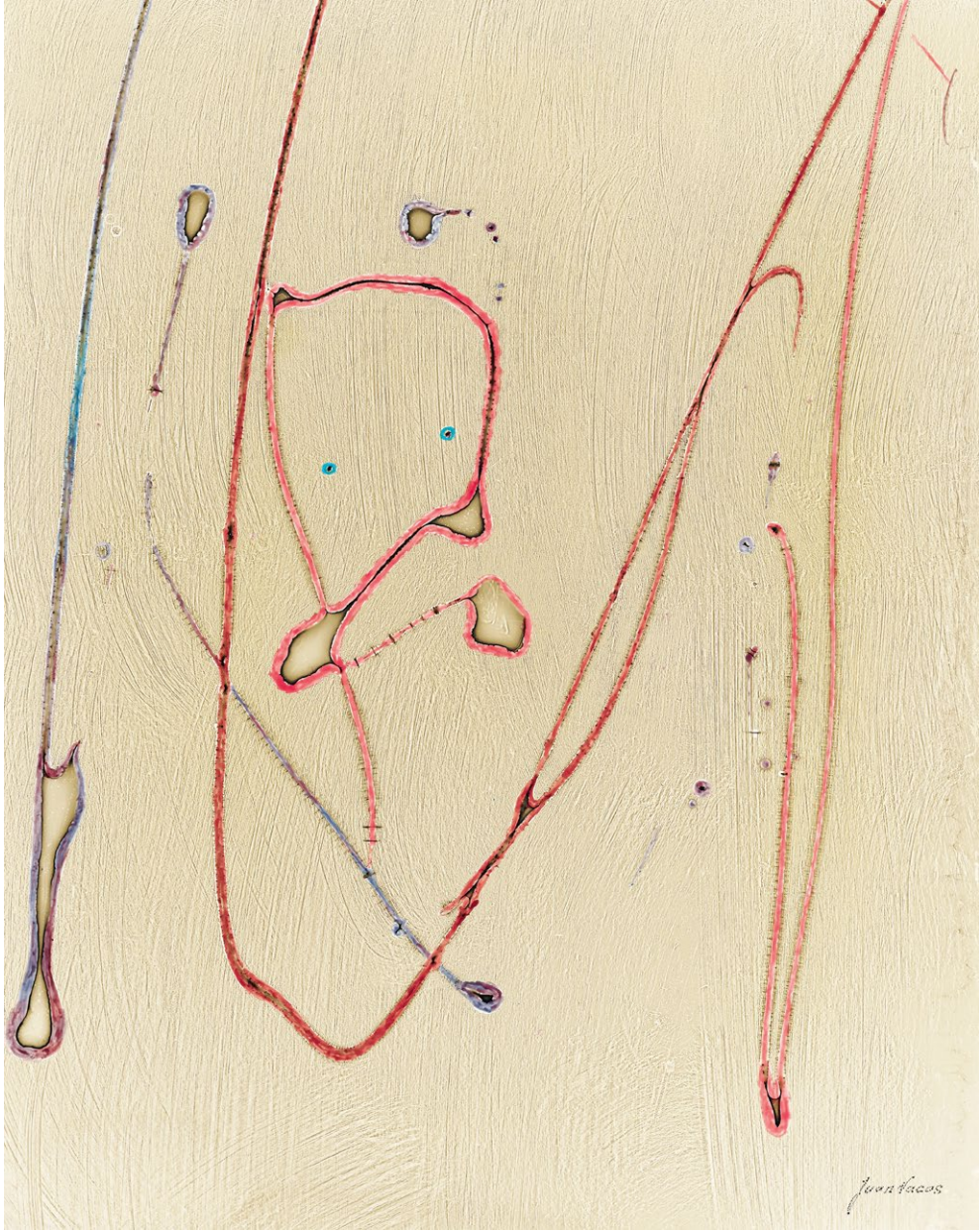


J. Antº Nieto, alcalde de Córdoba inaugura la calle Juan Vacas

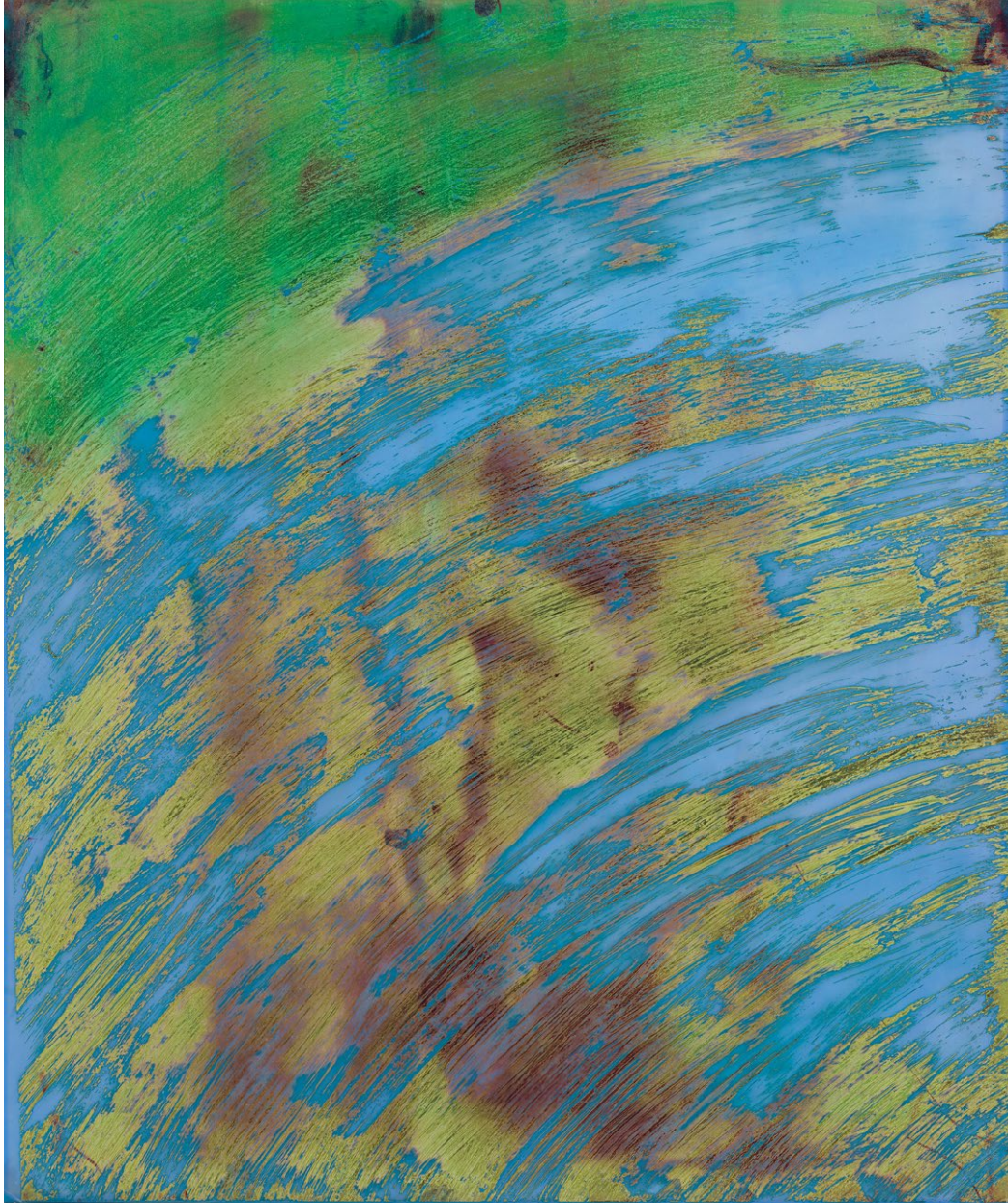
Neoexpresionismo abstracto



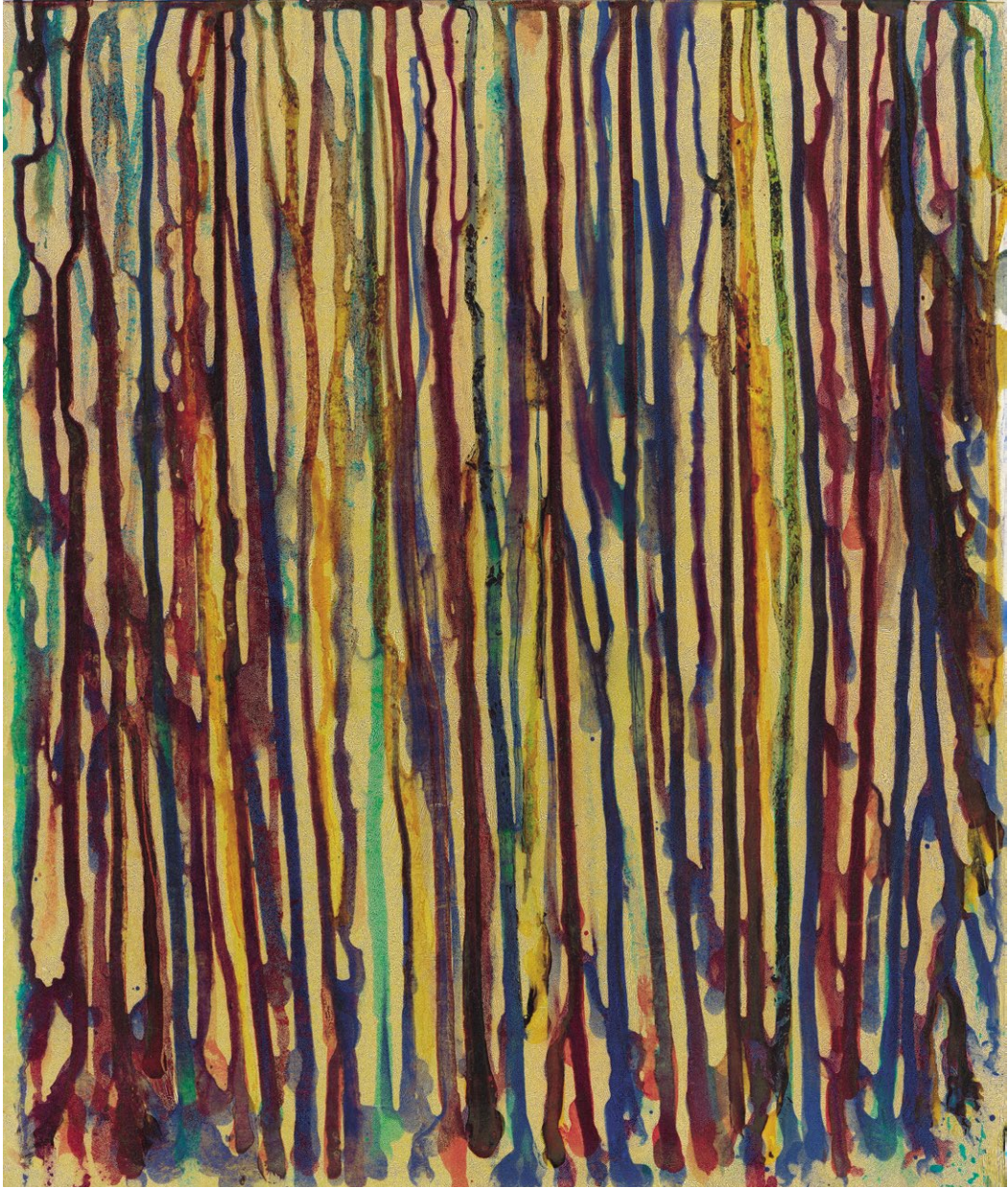
1988-Homenaje a ET



1988-Niña saltando la comba



1992-Rotación del planeta azul (Dripping)



1992-Serpentinas (Dripping)



1996-Dripping de esperma



1996-Homenaje a Mondrian



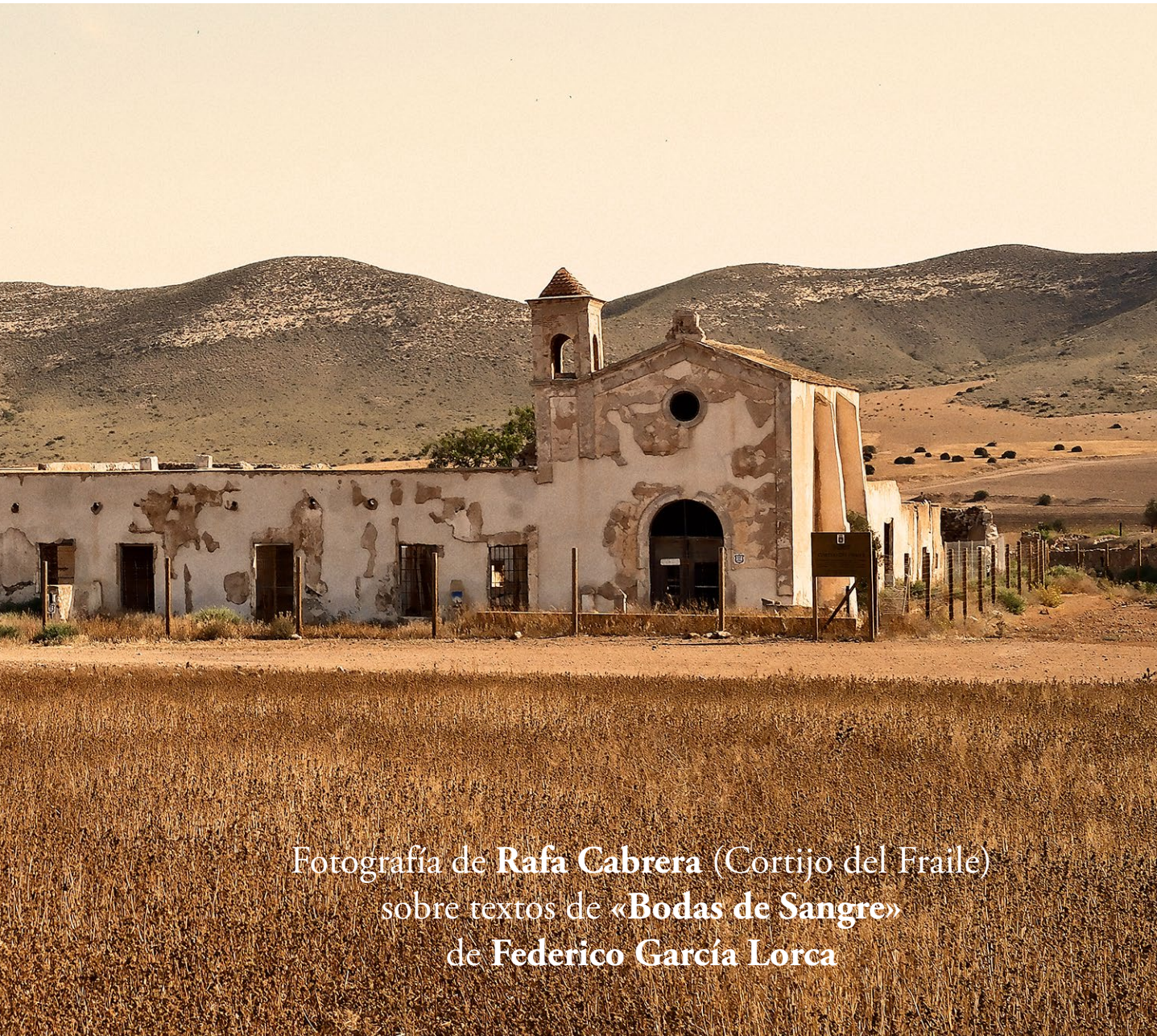


Venice (Los Angeles) ©Rafa Cabrera



CORTIJO DEL FRAILE

Níjar (Almería 2.026)



Fotografía de **Rafa Cabrera** (Cortijo del Fraile)
sobre textos de «**Bodas de Sangre**»
de **Federico García Lorca**



Nana, niño, nana
del caballo grande
que no quiso el agua.
El agua era negra
dentro de las ramas.
Cuando llega el puente
se detiene y canta.
¿Quién dirá, mi niño,
lo que tiene el agua,
con su larga cola
por su verde sala?

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.
Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.

Despierte la novia
la mañana de la boda;
ruede la ronda
y en cada balcón una corona.

¡Despierte la novia!

Que despierte
con el ramo verde
del laurel florido.
¡Que despierte
por el tronco y la rama
de los laureles!

Que despierte
con el largo pelo,
camisa de nieve,
botas de charol y plata
y jazmines en la frente.

¡Ay, pastora,
que la luna asoma!

¡Ay, galán,
deja tu sombrero por el olivar!





Giraba,
giraba la rueda
y el agua pasaba;
porque llega la boda
que se aparten las ramas
y la luna se adorne
por su blanca baranda.

¡Pon los manteles!

Cantaban,
cantaban los novios
y el agua pasaba.
Porque llega la boda
que relumbre la escarcha
y se llenen de miel
las almendras amargas.

¡Prepara el vino!

Galana.
Galana de la tierra,
mira cómo el agua pasa.
Porque llega tu boda
recógete las faldas
y bajo el ala del novio
nunca salgas de tu casa.

¡Porque el novio es un palomo
con todo el pecho de brasa
y espera el campo el rumor
de la sangre derramada.

Que la cruz ampare a muertos y
vivos.
con un cuchillo,
con un cuchillito,
en un día señalado, entre las dos y
las tres,
se mataron los dos hombres del
amor.

Con un cuchillo,
con un cuchillito
que apenas cabe en la mano,
pero que penetra fino
por las carnes asombradas,
y que se para en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.

Y esto es un cuchillo,
un cuchillito
que apenas cabe en la mano;
pez sin escamas ni río,
para que un día señalado, entre las
dos y las tres,
con este cuchillo
se queden dos hombres duros
con los labios amarillos.

Y apenas cabe en la mano,
pero que penetra frío
por las carnes asombradas
y allí se para, en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.







Verdiales. ©Rafa Cabrera



LA BENDICIÓN DE NO SABER NADA

DE UNA BANDA SONORA CINEMATOGRÁFICA AL TEJADO DEL MUNDO.

Texto y Fotos: MANU CALVO

EL AZAR

Adís Abeba jamás estuvo en mis planes. Llegué aquí por pura carambola. Para ser sincero, hasta poco antes de aterrizar ni siquiera sabía el nombre de la capital de Etiopía. Lo único que me vinculaba a este rincón de África era una profunda fascinación musical descubierta por puro azar en el cine: mi amor por el Ethio-jazz. Aquella atmósfera melancólica e hipnótica me obsesionó al ver la película *Broken Flowers* (de Jim Jarmusch, una obra que recomiendo encarecidamente), cuya banda sonora corre a cargo del maestro «Mulatu Astatke». Esa música instrumental y misteriosa era todo lo que yo asociaba a Etiopía.

Sin guías ni expectativas, confirmé una gran certeza viajera: cuando no sabes absolutamente nada de un lugar, el azar toma el control y el disfrute y la capacidad de asombro se multiplican. La ciudad se desplegó ante mí a 2.400 metros de altitud como un torbellino indomable.





LA FE ANTIGUA

UN CURIOSO CRISTIANISMO: MISTICISMO TEWAHEDO

El primer gran impacto cultural te adentra en una atmósfera litúrgica desconcertante. Es un cristianismo curiosísimo, fascinante y lejano a los cánones occidentales, cuyas raíces ortodoxas tewahedo se remontan inmunes al siglo IV.

Al amanecer, la fe detiene por completo la capital. Cientos de hombres y mujeres cubiertos de la cabeza a los pies por mantos blancos de algodón (netelas) flotan como espectros silenciosos alrededor de iglesias de planta octogonal. Unos rezan arrodillados besando el barro de las aceras; otros tocan con la frente los muros exteriores de piedra. En la penumbra interior, rodeados de incienso pesado, los sacerdotes de mirada serena custodian el templo sosteniendo cruces procesionales talladas minuciosamente a mano. Un misticismo crudo y estético que hipnotiza al extraño.







EL PULSO HUMANO

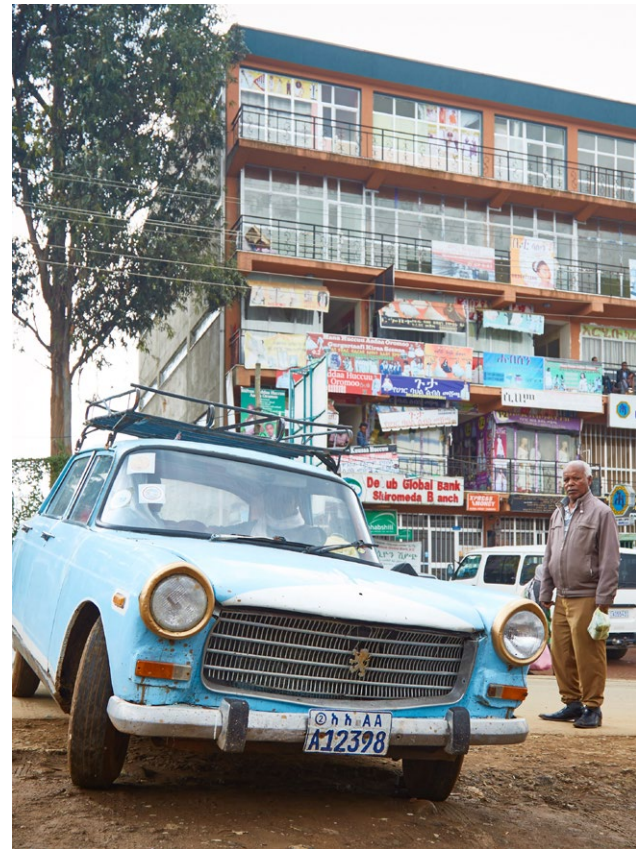
EL ASFALTO Y LA SUPERVIVENCIA

Superado el impacto religioso, la vida cotidiana se desenvuelve con una dignidad magnética. La circulación urbana es una coreografía indomable donde viejos coches Lada azules de la era soviética esquivan furgonetas colectivas de la marca Toyota y burros rurales cargados con fardos de paja justo en frente de carteles de agencias de envío de dinero como Western Union.

En las aceras, el teatro costumbrista no da tregua. Mientras grupos de hombres conversan distendidamente sentados en sillas de plástico ajenos al ruido, los jóvenes limpiabotas trabajan de rodillas o en cuclillas sobre cartones improvisados para abrillantar los zapatos de cuero de los transeúntes. Una urbe hiperactiva que te atrapa por los ojos.







EL GIGANTE DE ÁFRICA

LA PARADOJA DEL MERCATO

En el hotel donde dormía me lo habían advertido tajantemente: el Addis Mercato —el mercado al aire libre más grande de África— era el único punto verdaderamente peligroso de la ciudad. Un laberinto inmenso donde el hurto de carteras y teléfonos es frecuente y donde hay que moverse con pies de plomo y máxima alerta.

Me adentré en su brutal marea de toldos, camiones y montañas aromáticas de especias predispuesto enteramente a la defensiva. Esquivando comerciantes itinerantes y hombres con turbante que despleaban lienzos blancos en mitad del gentío, recorrí el mercado tenso, vigilando mis bolsillos a cada paso. Salí ileso y aliviado de aquel hervidero comercial... sin sospechar que la verdadera lección de la calle me esperaba a traición en otro rincón.







EL ORO NEGRO

TOMOCA: EL RITUAL DEL GRANO

Para rebajar la adrenalina del asfalto, nada como refugiarse en el olor a grano tostado. Al fin y al cabo, Etiopía es la cuna mundial del café, y «Tomoca Coffee» (fundado en 1953) es su templo indiscutible. Una parada obligada para entender la cultura urbana.

Cruzar su puerta retro es acceder a una cápsula del tiempo. Bajo su mítico letrero de madera no encontrarás comodidades modernas; el potentísimo «macchiato» se consume rápido y de pie en mesas altas. Ejecutivos, ancianos del barrio y bohemios comparten barra en un local rústico dominado por un gran mapa vintage de las regiones cafeteras del país. El olor a café es tan denso que casi se puede masticar.







ORÍGENES

LUCY Y LA TIERRA INDÓMITA

Etiopía exhibe con orgullo el ser uno de los poquísimos territorios africanos que jamás pudo ser colonizado por las potencias europeas. Ese carácter fiero y antiguo se respira en el Museo Nacional de la ciudad. Su fachada de hormigón coronada por mosaicos abstractos custodia el tesoro biológico más importante de nuestra especie: los restos fósiles originales de «Lucy», nuestra ancestral homínida con 3,2 millones de años de historia. Una vitrina iluminada en la penumbra que te regala un baño de humildad absoluto recordándote de dónde venimos todos.







EL ADIÓS

LA PARADOJA DEL LEÓN: EL ABRAZO FINAL

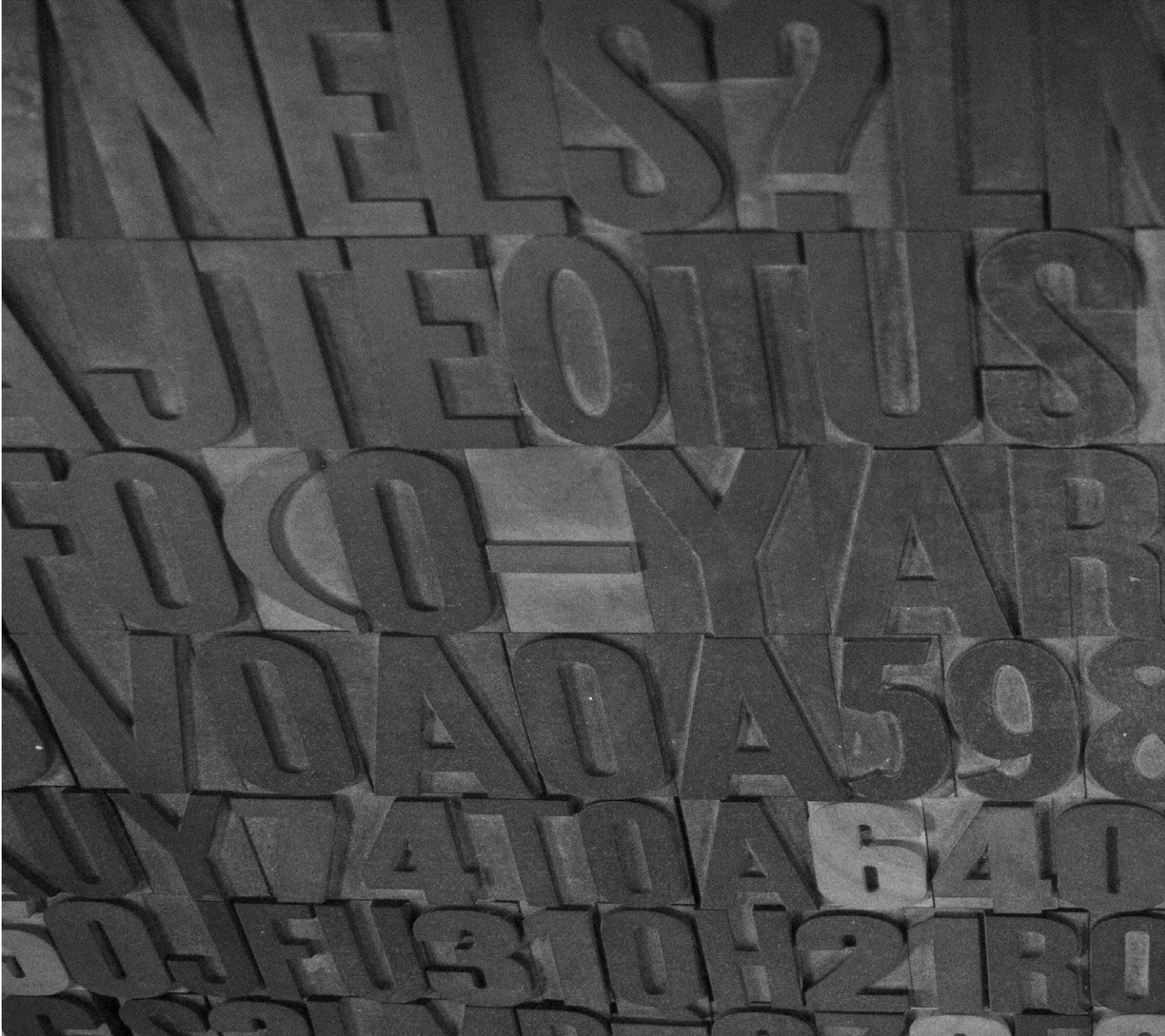
La ironía del viaje se consumó de camino de vuelta al hotel. Relajado y con la guardia baja al pisar la avenida principal de la ciudad, lejos del peligroso Mercato, un grupo de chicos locales se me acercó sonriendo. Me rodearon y me envolvieron en un abrazo efusivo y afectuoso que interpreté como pura simpatía y hospitalidad etíope. Nos despedimos cordialmente. Unos pasos más allá, al echarme la mano al bolsillo, mi teléfono móvil había desaparecido. Me habían robado limpiamente con una sonrisa en los labios.

Esa desconcertante contradicción define a este lugar: la elegancia histórica de su realeza, el movimiento reggae y rastafari que deifica al emperador «Haile Selassie I» como el León de Judá, y las voces rebeldes de artistas como «Germa Negash» (Gebra Gelassi), conviven con la picaresca y el ingenio de la calle. Y sin embargo, contemplando el león dorado en las vitrinas y las sonrisas gigantes de los niños en los muros de piedra, el enfado desaparece. Te han quitado el teléfono, pero la ciudad te ha robado el corazón. A pesar de todo... ojalá vuelva a Adís Abeba.











Tipos Móviles ©David Crespo



TERROR ELEVADO A INFINITO

por Rafa Mérida



TERROR ELEVADO A INFINITO

Por Rafa Mérida

Pocas experiencias resultan tan contradictorias como disfrutar de una película de terror: pagamos por pasar miedo, buscamos lo que nos perturba y nos hace pasar un rato de incomodidad, incluso pánico. Pero hay una variante del género que va más allá del susto fácil y la sangre gratuita, una que utiliza el terror psicológico, sin monstruos, sangre ni efectos especiales vistosos, más bien como un cine de serie B en el que tienen más importancia la atmósfera, una cuidada fotografía y una puesta en escena para provocar una sensación agobiante en el espectador. Se llama terror elevado, y se ha convertido en mi subgénero favorito.

El término, aunque ha sido denostado por muchos críticos, se acuñó a través de las redes sociales entre los cinéfilos, y se perfiló cuando la plataforma gafapastil Filmin creó una colección de más de 40 películas denominadas «terror elevado».

En realidad, dentro de esta lista había películas con pocos rasgos en común, más bien un compendio de «terror moderno» mezclado con mucho arte. Pero como en esta vida nos encanta etiquetar todo, el palabro se timbró y se ha venido utilizando para clasificar a un estilo de cine de autor, que ha existido siempre, desde los tiempos de *La Semilla del Diablo*, *El Resplandor*, *Los Otros*, *El Proyecto de la Bruja de Blair* o *Señales*, entre otras muchas.

Este cine tan poco fantástico, a veces se hace con muy pocos recursos de acción y escaso de efectos, no recurre al gore, se aleja de las *slash-movies* o de los temidos *jump-scares* (el cine de sustos). Ofrece un terror mucho más inteligente, que apela a los miedos más primarios del ser humano: la muerte, la enfermedad, la pérdida de un ser querido, la locura, el aislamiento. Un cine que incomoda porque habla de cosas reales, aunque las vista con un trasfondo sobrenatural.

No es un género para todo el mundo. Requiere paciencia, disposición a dejarse llevar por una atmósfera que a veces tarda en construirse, y cierta tolerancia a las películas que no resuelven todo lo que plantean. Pero cuando funciona, cuando esa tensión acumulada encuentra su punto de ebullición, la experiencia es difícil de olvidar. Y eso, en el cine de terror, no es tan habitual como debería.



Los arquitectos del miedo moderno

Si hay nombres propios que han definido el terror elevado contemporáneo, son tres: Mike Flanagan, Ari Aster y Jordan Peele. Directores con estilos muy distintos entre sí, pero con un denominador común: han conseguido que el cine de terror vuelva a ser una conversación seria sobre el ser humano.

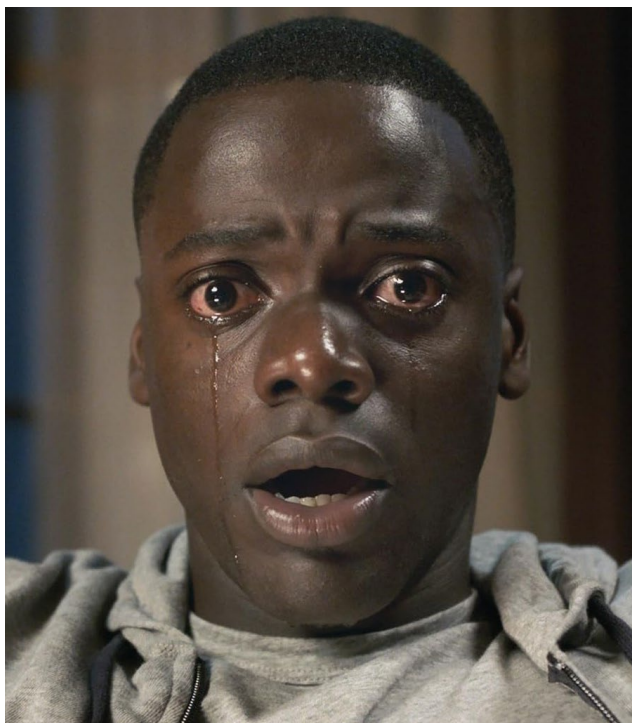
Mike Flanagan es quizás el más prolífico y el más accesible de los tres. Nacido en Salem (sí, el de Salem's Lot) ha construido una filmografía obsesionada con el duelo y la adicción, temas que en sus manos adquieren una dimensión casi espiritual. Aunque es más conocido por su trabajo en series para Netflix — *La maldición de Hill House*, *Misa de medianoche*—, de su trayectoria en el largometraje yo destacaría *Doctor Sueño*, la secuela de *El resplandor* que nadie esperaba y que resultó ser mucho mejor de lo que nadie imaginaba. Flanagan tiene un don especial para los personajes rotos y para las familias que guardan secretos demasiado grandes. Y sobre todo, sus puestas en escena son puro arte visual.



Ari Aster llegó al género con la fuerza de un meteorito. *Hereditary* (2018) ha sido una de las películas de terror más aclamadas de los últimos años, y *Midsommar* (2019) confirmó que no se trataba de un golpe de suerte, una orgía visual digna del Gran Salón de Odín. Su cine es deliberadamente incómodo, denso, a veces casi insoportable, y está construido sobre una idea central: el horror como proceso de desestructuración familiar. Herencias, maldiciones y mitos.



Jordan Peele es el caso más singular de los tres. Antes de dirigir *Déjame salir* (2017) era conocido principalmente como humorista, lo que hacía aún más sorprendente la madurez y la precisión con la que construyó ese debut. Su cine incorpora una capa que los otros dos no trabajan de la misma manera: la crítica social y racial, el racismo, la vigilancia y el poder. *Nosotros* y *Nope* han ido ampliando su universo en direcciones cada vez más ambiciosas, convirtiendo a Peele en uno de los cineastas más interesantes del panorama actual, muy por encima de las etiquetas de género o raciales. Peele hace cine de terror sobre lo que significa ser negro en EE.UU.



Lo que encontraréis a continuación es una selección personal de películas que considero representativas de este subgénero, en riguroso orden de puntuación de Rotten Tomatoes. No pretende ser una lista exhaustiva ni definitiva, sino un punto de partida: una invitación a explorar un tipo de cine que, si todavía no os ha atrapado, tiene muchas papeletas para hacerlo.

Sinners (Ryan Coogler, 2025)

Ryan Coogler se aleja del universo bodrio-Marvel para hacer algo completamente distinto y, de paso, llevarse cuatro Oscars. Una película de época ambientada en el Mississippi de los años 30 que mezcla vampiros, blues y la historia de la América negra con una energía que pocas películas de terror tienen. Para verla en el formato más grande que puedas encontrar y con buen equipo de sonido.



Get Out (Déjame salir) (Jordan Peele, 2017)

Un chaval negro va a conocer a la familia blanca de su novia. Todo el mundo es encantador. Tan encantadores como un aniversario de VOX. El debut de Jordan Peele como director es una de esas películas que funciona en varios niveles a la vez y que, una vez vista, no se puede dejar de recomendar.



Talk to me (Háblame) (Danny y Michael Philippou, 2022)

Un grupo de adolescentes australianos descubre un juego que no deberían haber descubierto. Los directores son dos *youtubers* reconvertidos en cineastas, lo cual dice mucho del mundo en que vivimos, y el resultado es una de las experiencias más TOP del terror reciente.



Nope (Jordan Peele, 2022)

La más rara y ambiciosa de Peele. Difícil de resumir sin restarle gracia, así que digamos que tiene OVNI, un rancho en California, actores negros y unas imágenes que se te quedan grabadas a fuego. O te flipa o te parecerá un mojón, pero es de las que no se olvidan.



Heretic (Scott Beck y Bryan Woods, 2024)

Dos jóvenes misioneras llaman a la puerta equivocada. Hugh Grant está irreconocible, en el mejor sentido posible. Terror de salón, casi todo en una habitación, y que funciona de maravilla.



The Witch (La Bruja) (Robert Eggers, 2015)

Una familia puritana, el bosque, y la sensación permanente de que algo va muy mal. Lenta, oscura y agobiante, es el tipo de película que no asusta con sustos sino con una atmósfera que se mete por los poros y no suelta. Obligatoria.



Hereditary (Ari Aster, 2018)

La película que puso a Ari Aster en el mapa y de paso dejó a medio mundo sin dormir. Una familia, un secreto y Toni Collette sirviendo con una de las actuaciones más perturbadoras que se recuerdan en el género. De las que no se olvidan.



The Lighthouse (El faro) (Robert Eggers, 2019)

Dos hombres atrapados en un faro durante una tormenta. Blanco y negro, formato casi cuadrado, y Willem Dafoe y Robert Pattinson absolutamente desatados. Una rareza que hay que ver al menos una vez en la vida.



Presence (Steven Soderbergh, 2024)

El de *Ocean's Eleven* metiéndose en el terror elevado, y metiéndose bien. Toda la película está rodada desde el punto de vista de una presencia invisible que habita una casa. Como *Los Otros*, pero sin Nicole Kidman. Sin música de susto, sin efectos especiales. Inquietante de una forma difícil de explicar.



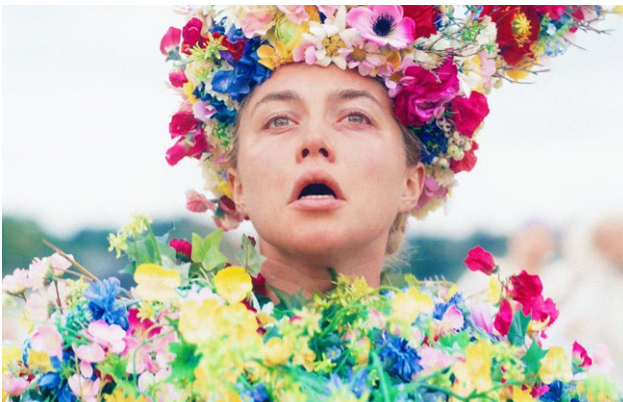
Longlegs (Osgood Perkins, 2024)

Aunque aquí Nicholas Cage se parece a bote pronto a Joaquín Reyes en *Celebrities*, es un papelón. La película más bipolar de la lista: hay quien la adora y hay quien salió del cine con cara de haberla pasado mal de otra manera. Lo que nadie discute es que la atmósfera te taladra la cabeza y no se va fácilmente.



Midsommar (Ari Aster, 2019)

La película de terror más luminosa y exterior de la historia, y eso solo ya es un logro. Un festival de verano en Suecia que empieza raro y acaba siendo una de las experiencias más turbulentas que puedes tener sentado en un sofá.



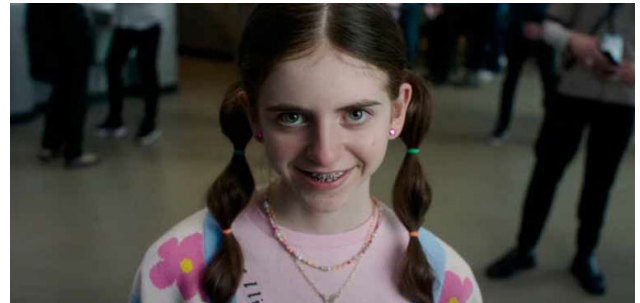
It's What's Inside (Lo que hay dentro) (Greg Jardin, 2024)

Un tipo al que nadie había visto desde la universidad aparece en una fiesta con una maleta misteriosa. Lo que empieza como un juego acaba siendo otra cosa completamente distinta. Está en Netflix, es bastante gamberra, y tiene el mérito de hacer algo que parece imposible con un argumento tan básico.



Smile y Smile 2 (Parker Finn, 2022, 2024)

Una psiquiatra atiende a una paciente que afirma ver a gente sonriéndole de una manera que no es normal. Dientes, dientes, que es lo que les jode. A partir de ahí, todo se complica. Aunque parezca una premisa demasiado tonta, cuando la veas conseguirá que la sonrisa de un desconocido te ponga nervioso durante días.



Knock at the Cabin (Llaman a la puerta) (M. Night Shyamalan, 2023)

Una familia de vacaciones en una cabaña recibe la visita de cuatro desconocidos con una petición imposible. Shyamalan en modo contención, con muy pocos personajes y un dilema moral que va apretando a medida que avanza la película. De sus películas más directas y efectivas.



La autopsia de Jane Doe (André Øvredal, 2016)

Un padre y su hijo, forenses, reciben el cadáver de una mujer sin identificar y empiezan a practicarle la autopsia. Lo que van descubriendo no tiene explicación. Toda la película transcurre en el mismo sótano y es una de las propuestas más claustrofóbicas y bien resueltas del género. Para verla sí o sí.



Weapons (Zach Cregger, 2025)

El director de Barbarian vuelve con algo más ambicioso y, si cabe, más desconcertante. Una noche, todos los niños de una misma clase desaparecen a la vez, a la misma hora. La película sigue a varios personajes de la comunidad afectada y va construyendo un misterio que no para de apretar. Una de las mejores películas del año pasado.



It Follows (David Robert Mitchell, 2014)

Una de las historias más originales del terror moderno: algo te persigue, siempre a pie, siempre en línea recta, y solo tú puedes verlo. Lenta, angustiante y con una banda sonora de sintetizadores que se mete en el cerebro. De las que funcionan porque lo que no ves da más miedo que lo que ves.



Sinister (Scott Derrickson, 2012)

Un escritor de true crime se muda con su familia a la casa donde ocurrió el crimen que está investigando. Y encuentra algo que no debería haber encontrado. ¿Qué podría salir mal? Una de las películas de terror más valoradas de los últimos quince años, con una escena en particular que es difícil de olvidar.



Relic (Natalie Erika James, 2020)

Una madre y su hija viajan a la casa familiar al enterarse de que la abuela ha desaparecido. Lo que encuentran allí no tiene fácil explicación. Una película sobre el deterioro cognitivo y el miedo a perder a los que quieres, envuelta en un terror doméstico que va creciendo sin prisa pero sin pausa.



Run (Aneesh Chaganty, 2020)

Una chica en silla de ruedas empieza a sospechar que su madre, que la ha cuidado toda la vida, le está ocultando algo. Sarah Paulson está inquietante. Un thriller de tensión progresiva que funciona muy bien dentro de un presupuesto muy modesto.



La Sustancia (Coralie Fargeat, 2024)

Una estrella de televisión en declive descubre un suero que promete una versión mejorada de sí misma. Lo que viene después es una de las experiencias más extremas, más incómodas y brillantes del cine de terror reciente, con una dupla Demi Moore y Margaret Qualley impresionantes.



Backrooms (Kane Parsons, 2026)

El fenómeno de internet de los pasillos infinitos y las luces fluorescentes llega al cine de la mano de A24 y de Kane Parsons, el youtuber que con veinte años se convirtió en el cineasta más joven en liderar la taquilla americana. Terror de espacio liminal, claustrofobia y la sensación de que el mundo normal ha quedado muy lejos.



En formato serie, estas son las que más me han gustado en los últimos años:

The Haunting of Hill House (Mike Flanagan, 2018)

La serie que convirtió a Mike Flanagan en el referente del terror televisivo moderno. Una familia vuelve a la mansión donde vivieron de niños y donde ocurrió algo que los marcó para siempre. Flanagan consigue que una historia de casas encantadas se proclame como una de las mejores series de terror que se han hecho nunca, sin discusión.



The Fall of the House of Usher (Mike Flanagan, 2023)

Flanagan adapta a Edgar Allan Poe y monta una historia sobre una familia de ricachones farmacéuticos a la que le empieza a pasar cosas muy chungas. Más oscura y gamberra que Hill House, con un reparto que incluye a buena parte de sus actores de cabecera. Un festín para fans del director, de matar a pijos y de Poe.



Hannibal (Bryan Fuller, 2013-2015)

Técnicamente no es terror, pero tiene más atmósfera por minuto que la mayoría de las películas de esta lista. El FBI utiliza a Hannibal Lecter como consultor para cazar asesinos en serie sin saber que está hablando con uno. Visualmente es de otro planeta: cada escena parece un cuadro. Cancelada injustamente en su tercera temporada y con un final que todavía duele.

Midnight Mass (Misa de medianoche) (Mike Flanagan, 2021)

Un pueblo pequeño en una isla recibe la llegada de un nuevo sacerdote y empieza a experimentar milagros que no saben muy bien cómo explicar. La serie más personal de Flanagan, una reflexión sobre la fe, la adicción y la muerte envuelta en terror puro con un invitado sorpresa. Algunos de los monólogos más impresionantes que ha dado una serie de televisión en los últimos años.



The Terror (David Kajganich, 2018)

Una expedición de la Marina Real Británica queda atrapada en el Ártico a mediados del siglo XIX. El frío, el aislamiento y la falta de recursos ya serían suficiente pesadilla, pero encima hay algo más acechando en el hielo. Basada en hechos reales con una capa sobrenatural encima, y con Jared Harris haciendo uno de los mejores trabajos de su carrera.



From (John Griffin, 2022)

Un pueblo en medio de la nada del que nadie puede salir. Los que llegan por accidente se quedan atrapados, donde salen criaturas con dientes hasta en los bolsillos, vestidos con ropa vintage y con ganas de pasar la noche en blanco. Una premisa sencilla que la serie va complicando temporada a temporada con una mitología cada vez más densa y enrevesada. A ver cómo nos explican todo este sarao en la 5ª temporada.



Servant (M. Night Shyamalan, 2019-2023)

Una pareja de Filadelfia contrata a una niñera para cuidar a un muñeco bebé que la madre trata como si fuera real. Lo que parece una historia sobre un trauma se convierte en algo mucho muy bizarro, con Shyamalan como productor y la serie manteniendo la tensión durante cuatro temporadas en un espacio casi siempre limitado a una sola casa, con el compadre de Harry Potter haciendo de cuñado alcohólico y vicioso y donde no sabes si da más miedo la madre o la niñera.



The Outsider (El visitante) (Richard Price, 2020)

Basada en Stephen King. Un crimen brutal en un pueblo tranquilo, un sospechoso con coartada imposible, y una investigadora que empieza a ver cosas que no tienen explicación racional, con rollos adivinatorios. De las mejores adaptaciones de Stephen King que se han hecho para televisión.



Them (Ellos) (Little Marvin, 2021)

Una familia negra se muda a un barrio blanco y pijo de Los Ángeles en los años 50. El acoso al que se ven sometidos por parte de los vecinos ya es algo aterrador de por sí, pero encima la casa tiene vida propia. En la línea de Jordan Peele, mezcla racismo y terror sobrenatural con una contundencia brutal. Encantadora la vecina de enfrente, y serie muy recomendable.

The Leftovers (Damon Lindelof, 2014-2017)



De manera random, el 2% de la población mundial desaparece sin explicación un día cualquiera. La serie no va sobre eso: va sobre los que se quedan y sobre cómo se vive con algo que no tiene respuesta, las sectas y la necesidad de pasar página. No es terror en sentido estricto, pero genera una angustia existencial que pocas series consiguen. Una de las grandes series de la televisión reciente.

Yellowjackets (Ashley Lyle y Bart Nickerson, 2021)



Un equipo de fútbol femenino sobrevive a un accidente de avión en medio del bosque canadiense. La serie alterna entre lo que pasó entonces y lo que están viviendo ahora, décadas después. Supervivencia, traumas, secretos y algo que quizás no tiene explicación racional.

Severance (Separación) (Ben Stiller, 2022)



Una empresa ofrece a sus empleados la posibilidad de separar quirúrgicamente los recuerdos del trabajo de los del resto de su vida: dentro de la oficina no saben nada de lo que ocurre fuera, y viceversa. Lo que parece una solución perfecta para el equilibrio laboral se convierte en algo mucho más oscuro. No es terror en sentido estricto, pero tiene una tensión kafkiana que no suelta en ningún momento. Una de las series más originales de los últimos años, con una segunda temporada que ya se pasa el juego.



Bates Motel (Carlton Cuse y Kerry Ehrin, 2013-2017)

La historia de Psicosis y de cómo Norman Bates se convirtió en lo que conocemos. Contada desde el principio y ambientada en un pueblo de Oregon donde madre e hijo llegan a montar un motel con más problemas que un libro de Matemáticas. Con dos actorazos, Freddie Highmore y Vera Farmiga, que es la madre del chaval. Va de menos a más, la relación entre los dos protagonistas tiene algo que no cuadra desde el primer capítulo.



Pues hasta aquí el repaso. Si después de leer esto todavía piensas que el terror es un género de segunda, es que no has visto las películas adecuadas. Te acompaño en el sentimiento. Y si aun así te fascina tanto como a mí, aquí tienes lista para rato: no hay excusa.

Mientras tanto, apaga las luces, sube el volumen y que no te dé miedo pasar miedo.









Tokio Toys ©Rafa Cabrera

Portada: Juan Vacas. 1987-Campiña cordobesa-Guadalcazar
Contraportada: Rafa Cabrera (Fotomontaje)

Número 15, Julio de 2026
© 2026 Todos los derechos reservados
© 2026 Colectivo La Araña
www.marañamagazine.com
Email: hola@marañamagazine.com
© *Maraña Magazine* es una publicación digital

Edita
Colectivo La Araña*

Web
Rafa Mérida
www.ducktoy.es

Máquetación
Rafa Cabrera
www.rafacabrera.com

Sección de Cine. *Luces & Sombras*
David Crespo
www.davidcrespocam.com

Foto analógica
Álvaro Delgado

Foto digital
Esther Rebola, Rafa Mérida, Rafa Cabrera, David Crespo

Agradecimientos:

© Paco Aguilar (Fotógrafo)
© Manu Calvo (Fotógrafo & Cámara TV)
© José F. Gálvez (Fotógrafo)
© Mercedes Valverde Candil (Académica)
© Juan Manuel Vacas (Fotógrafo)

Maraña Magazine no se hace responsable de la opinión de sus colaboradores ni se identifica necesariamente con esta.

*La Araña es un colectivo sin ánimo de lucro. Todas las colaboraciones que aparecen en *Maraña Magazine* no son remuneradas, y su distribución es gratuita.



Colectivo La Araña

Rafa Mérida (Diseñador Web)
Esther Rebola (Fotógrafa)
Álvaro Delgado (Fotógrafo & Cámara TV)
David Crespo (Fotógrafo & Cámara TV)
Rafa Cabrera (Fotógrafo)
José A. Ortega Anguiano (Escritor & Articulista)



LOEWE

LOEWE





LOGEN-AUFGANG

LA ARAÑA